

Carlos Hernández, periodista y autor de ‘Los últimos españoles de Mauthausen’

“LOS DEPORTADOS SE SIENTEN TRAICIONADOS POR LA TRANSICIÓN”

Este 2015 se cumplen 70 años de la liberación de los campos de concentración nazis y 75 de la llegada de los primeros españoles a Mauthausen. Carlos Hernández, periodista y exdirector de Comunicación del PSOE, se planteó investigar la historia de un tío abuelo, Antonio Hernández, que había estado prisionero allí.

Después de conocer a otros supervivientes y sus testimonios, ha escrito *Los últimos españoles de Mauthausen* (Ediciones B). De su lectura se concluye que Hitler exterminó a los republicanos por petición de Franco, que el dictador “no fue sólo un cómplice pasivo”. Hernández opina que la Ley de Memoria Histórica estaba bien pensada inicialmente, pero que “se quedó descafeinada” y que “seguimos teniendo nuestra memoria enterrada en las cunetas”.

Por Luis Marchal

Hasta después de la muerte de su tío abuelo no fue plenamente consciente de lo que Mauthausen representaba. Carlos Hernández ha lanzado el portal *deportados.es* con vídeos, fotos y documentos de los españoles en los campos de la muerte. Pasaron 9.328 españoles por ellos. Sobrevivieron 3.809, murieron 5.185 y constan como desaparecidos 334. En Mauthausen fueron internados 7.532 y fueron asesinados 4.816. Dos de cada tres españoles que llegaron a campos nazis murieron.

—Su libro pretende dar voz a los deportados españoles, señalar con el dedo a los culpables de su sufrimiento y denunciar el olvido al que han sido condenados en España.

—El desconocimiento que hay en nuestra sociedad sobre estos españoles es generalizado. Eso fue lo que me empujó a contar su experiencia y a intentar que a estos grandes olvidados los pongamos en el sitio que se merecen. En Francia, los españoles supervi-

vientes son héroes. Incluso, el Gobierno francés ha decidido concederles la Legión de Honor, su más alta distinción. Son héroes en toda Europa; pero en su país, donde nacieron, que fue el primer lugar donde lucharon por la libertad, nada.

—¿Qué reconocimiento es necesario?

—Quedarán unos 25 supervivientes con vida. La inmensa mayoría ya ha muerto. Sólo lo podemos hacer una cosa, contar la verdad y darles voz. Eduardo Escot, un deportado de Cádiz, cuando le hice esta misma pregunta, me respondió: “Carlos, lo único que yo quiero es que se sepa claramente qué es lo que ocurrió y qué es lo que nos llevó a los campos de concentración. Franco se sublevó contra un Gobierno democrático, que se sepa que fueron Franco y Serrano Sú-

“Franco dijo a Hitler que enviara a los españoles a los campos de concentración”



ñer quienes nos mandaron a los campos. Yo con eso me doy por satisfecho”. Es decir, que se les sitúe en el lugar de la historia de España que les corresponde. Es un lugar realmente heroico porque lucharon por nuestra libertad.

—De su libro se concluye que Franco y Serrano Súñer conocían la existencia de los campos de concentración nazis y lo que en ellos ocurría.

—He intentado que quien lo lea tenga la visión de conjunto sobre lo que fue la historia de los españoles y la de sus verdugos. Son los documentos históricos los que dicen, con absoluta claridad, que Franco no fue sólo un cómplice pasivo. No es que mirara para otro lado mientras enviaban a los españoles a los campos de concentración. Es que fue él, y su régimen, quien dijo a Hitler que los enviara a los campos de concentración. Hitler era muy leal con sus aliados y no hacía nada que afectara a ciudadanos de esas naciones amigas, entre las que estaba España, sin consultar a sus gobiernos. Hay 1.000 pruebas. Si tuviera que destacar una, es esa orden que sale de Ber-



F. MORENO

lín el 25 de septiembre de 1940, en la que se manda por escrito a la Gestapo sacar a los españoles de los campos de los prisioneros de guerra, donde estaban hasta ese momento junto a soldados franceses, británicos y holandeses, donde se respetaba la Convención de Ginebra, y enviarles a los campos de concentración. Ese día, Serrano Súñer, ministro de la Gobernación de Franco, se encontraba en Berlín. Dos o tres días antes, se había reunido personalmente con Hitler y con Himmler.

—¿Por este motivo los españoles eran marcados en Mauthausen como apátridas y no como prisioneros políticos?

—Esa relación estrechísima entre Franco y Hitler, entre los dos regímenes y entre las dos policías, es clave. La relación entre la policía franquista y la Gestapo está plasmada en un acuerdo de 1938, antes incluso de que acabe la Guerra Civil, para intercambiar información y entregarse “disidentes” y “peligrosos comunistas”. Dentro de ese diálogo, continuo y cotidiano, el régimen franquista no reconocía a esos españoles como verdaderos españoles. Son los únicos pri-

“La Ley de Memoria Histórica quedó descafeinada por intereses electorales”

sioneros en todos los campos de concentración, en toda la historia de la II Guerra Mundial, que llevan un triángulo azul que les identifica como apátridas. Como los alemanes eran tan organizados, había algo que no les cuadraba. A la hora de hacer esa calificación, debieron pensar que qué era eso de apátridas. Por eso, acabaron poniendo una ‘s’ en el centro del triángulo que les identificaba como españoles. De tal manera que eran apátridas españoles, una absoluta contradicción.

—¿Qué le ha supuesto sumergirse en *Los últimos españoles de Mauthausen*, para el que cuenta con el testimonio de unos 18 supervivientes?

—Como periodista, en mis 25 años de profesión, creo que ha sido el trabajo más duro.

—Y eso que ha sido corresponsal de guerra en diversos conflictos internacionales.

—Y eso que he visto muchas historias *in situ*. Gente que acababa de perder a sus seres queridos, con sus cuerpos destrozados delante de ellos. Es una experiencia terrorífica. Lo que ocurre en este caso es que hablas con víctimas que han pasado por la mayor tragedia de la humanidad, como fue la II Guerra Mundial, en la que más muertos se ha producido y en la que además se dio el mayor de los horrores, la mayor de las locuras, perpetrada por el régimen nazi. Siguen teniendo tan fresco el recuerdo que estos hombres y mujeres con más de 90 años se te echan a llorar, recordando cómo les torturaban o cómo pegaban a sus padres y hermanos. Cuando te cuentan eso, con más de 90 años de edad, habiendo pasado 70 años, y se desmoronan, te impacta, te llega a lo más profundo del corazón. Todos hemos crecido viendo películas y conociendo historias de la II Guerra Mundial, especialmente el sufrimiento judío. Tomas conciencia de que había españoles, muchos españoles, que sufrieron y pasaron por lo mismo que esos judíos, que murieron en las cámaras de gas, que se llamaban Paco, Pepe o Manuel, que eran de Murcia o de Albacete. Es una historia del presente, de gente que sigue con vida. Es una historia que si no la conocemos bien corremos más riesgo de que se repita. Sólo hay que mirar a Grecia con Amanecer Dorado como tercera fuerza política o a Francia con Marine Le Pen primera en las encuestas para darnos cuenta de que la amenaza del fascismo sigue estando ahí.

—El objetivo de Hitler era deshumanizar a los prisioneros de los campos de concentración. ¿Lo consiguió con estos españoles?

—No del todo. Es cierto que el sufrimiento fue tan grande que la maquinaria de los campos de concentración era tan perversa, que les resultó muy complicado el organizarse. Les costó dos o tres años el poder hacerlo. Al principio, bastante tenían con sobrevivir. Ellos tenían varias ventajas. Poseían ese espíritu de amor a la cultura de la II República. Habían vivido tanto la Guerra Civil de España como después los campos de concentración franceses, donde les puso la democracia francesa, y la II Guerra Mundial. Tenían ese espíritu de solidaridad y de ca-

maradería entre ellos que mantuvieron en el campo. La solidaridad comenzó compartiendo una patata, que habían robado, en la penumbra de una barraca. Al principio, poco más que eso podían hacer. A lo mejor sostener entre sus hombros al compañero que había caído desfallecido. Esa humanidad era tan intensa que, pese a todos los intentos de los SS, siempre permaneció ahí y fue creciendo.

—En su obra detalla cómo se organizó una estructura política comunista española en los campos, que fue la única que existió en Mauthausen hasta finales de 1943.

—Esa organización española fue la primera, la más fuerte y sirvió para salvar muchas vidas. Crearon una red en la que los zapateros remendaban los zapatos de compañeros que los tenían destrozados, los sastres intentaban aportar una prenda de abrigo más que pudiera salvar una vida. Había prisioneros que llegaron a puestos de trabajo clave, como ayudantes de los SS en la secretaría de la Gestapo o en la secretaría de la oficina central, o en el laboratorio fotográfico. Consiguieron falsificar documentos para salvar a compañeros que estaban condenados a muerte. En el caso del laboratorio fotográfico, robaron fotografías y las salvaron para



F. MORENO

que fueran una prueba de lo que allí pasaba. El papel de Francisco Boix fue fundamental para que las pruebas de las atrocidades cometidas por los nazis se conservaran. Boix, junto con Antonio García, otro de los que trabajaban en el laboratorio foto-

gráfico, sacaron negativos y centenares de fotografías del laboratorio fotográfico.

—¿Cuándo pudieron volver a España los deportados españoles?

—Hay algunas excepciones de gente que vuelve muy pronto. Por norma general, empiezan a volver a finales de los años 50, de visita, porque es cuando obtienen la nacionalidad francesa. Al tener un pasaporte francés, consideran que tienen una protección y que no van a ser represaliados. Luego, con la democracia, hay un grupo minoritario de españoles que se instala aquí. La mayoría ha rehecho su vida en Francia. Hay otro elemento que es importante: se sienten traicionados por la democracia española. Se alegran muchísimo cuando España la recupera, pero en ese momento vuelven a creer que se les va a reconocer y que van a salir de ese olvido. Se dan cuenta de que, fruto del espíritu de la Transición, quedan apartados nuevamente. Les queda ese sentimiento de que siguen sin tener patria.

—Con la conocida como Ley de Memoria Histórica, ¿tuvieron un hilo de esperanza?

—Lo tuvieron. Todos te dicen que valoraron mucho el que Zapatero fuera personalmente a Mauthausen, porque ha sido el único presidente español que lo ha hecho. Ahora, a continuación recalcan que lo que parecía que iba a ser la ley que por fin acabara con tantos años de olvido, con tantos años de mentiras y de una historia que nos han intentado manipular, se quedó en nada. En mi opinión, fue una ley que estaba bien pensada inicialmente, que por intereses probablemente electorales quedó absolutamente descafeinada. A día de hoy, sigue habiendo calles dedicadas a Franco y a Primo de Rivera en nuestro país. La historia sigue sin enseñarse como se tiene que enseñar en las escuelas. Seguimos, para no abrir viejas heridas, como dicen algunos, equiparando a Franco con la República. Seguimos teniendo nuestra memoria enterrada en las cunetas. Hay que mirar a Europa y lo que hizo Alemania. Allí sería impensable que hubiera una calle dedicada a Hitler, que hubiera una Fundación Adolf Hitler que recibiera subvenciones públicas. En España, la tenemos. Fundación Francisco Franco. Somos una anomalía democrática. ●

La responsabilidad de los aliados

Si algo destacan con especial amargura los deportados españoles es la pasividad de las democracias occidentales y su falta de apoyo a la República durante la Guerra Civil. Carlos Hernández afirma que “no se salva nadie”. Sólo pone una excepción, la de México. ¿Las razones de ello? Porque intentaban apaciguar a Hitler y por geopolítica. “En el fondo, a las democracias les daba más miedo una república que pudiera tener afinidad con la Unión Soviética, a la que veían como un enemigo, que el que España estuviera gobernada por un dictador que tuviera con-

trolados los movimientos obreros”, argumenta. El dictador se mantuvo en el poder durante 40 años. Ésa fue “la última gran traición” a los deportados españoles, que pensaban que iban a volver a su patria una vez que los aliados ganaron la II Guerra Mundial.

Hernández añade que, por otro lado, “no podemos olvidar que la Unión Soviética, comunista, hace un pacto de no agresión con Hitler para repartirse Europa. Cuando Alemania invade Francia y empieza a matar, Stalin no sólo se cruza de brazos, sino que aprovecha para ocupar parte de Polonia e in-

tentar invadir Finlandia y demás. EE UU no entra en la Guerra inicialmente porque está esperando a ver qué pasa”. Hernández lanza en su libro una pregunta para que sea el lector el que la responda, con los datos que él aporta: “¿Hubieran actuado igual los aliados si hubiera habido prisioneros norteamericanos y británicos en los campos de concentración?”. Lo cierto es que prácticamente no los había. El grueso de los norteamericanos y británicos estaba en campos para prisioneros de guerra, donde se respetaba la Convención de Ginebra.